

TEXTOS TEMA 8. Realismo y Naturalismo

Tabla de contenido

<i>Oliver Twist</i>	1
<i>Anna Karénina</i>	2
<i>El despertar</i>	3
<i>Germinal</i>	4

Oliver Twist

Un espeso vaho se levantaba perpetuamente de los humeantes cuerpos del ganado y se mezclaba con la niebla, que parecía descansar sobre los extremos de las chimeneas, colgando pesadamente sobre ellas...Campesinos, carniceros, rebaños, mercaderes, muchachos, desocupados y vagabundos de baja estofa, se mezclaban en una masa densa. Los silbidos de los que llevaban los rebaños, el ladrido de los perros, los mugidos de los bueyes, el balido de los corderos, el gruñido y chirrido de los cerdos, las exclamaciones de los mercachifles, los gritos, interjecciones y peleas por todos los lados, el tañido de las campanas, un estruendo de voces que salían de las tabernas; la muchedumbre empujando, moviéndose y golpeando, insultando y chillando.

(...)

Tentadoras provisiones de todo cuanto puede estimular el hastiado apetito y dar nuevo realce al frecuentemente repetido festín; vasijas de bruñido oro y plata, forjados en las más exquisitas formas de vasos, platos y gobeletes; escopetas, espadas, pistolas y otros instrumentos de muerte, hierros para los encorbados, pañales para los recién nacidos, pócimas para los enfermos, cajas para los muertos, cementerios para los enterrados, todas esas cosas se mezclaban una con otra y al congregarse parecían deslizarse rápidamente en una abigarrada danza.

Charles Dickens
Oliver Twist, Alba Editorial

Anna Karénina

Alexéi Alexándrovich no había hallado nada de anormal en que su mujer y Vronski mantuvieran una animada conversación en una apartada mesita. Pero sabía que otras personas habían hecho comentarios al respecto y no lo consideraban natural. Y así, tal hecho empezó a parecerle también a él poco correcto, y se decidió a hablar de ello a su mujer.

Ya en su casa, Alexéi Alexándrovich pasó enseguida a su despacho. Se acomodó en su sillón, tomó un libro sobre el papado y se abstrajo en su lectura. Estuvo leyendo hasta la una de la noche, sin aparente cansancio. Sin embargo, de cuando en cuando, se pasaba la mano por la frente y sacudía la cabeza, como si quisiera alejar un pensamiento importuno.

Se encontraba, por primera vez, frente a la vida, con su cruda realidad, ante la posibilidad de que su mujer pudiese amar a otro, y si esta situación le parecía absurda e incomprensible, era porque se había mantenido siempre en el estrecho ámbito de sus obligaciones profesionales y no había tenido que afrontar los problemas de la existencia, cuya realidad percibía sólo a través del prisma deformador de su particular ambiente. Y cada vez que se encontraba con la vida real, se apartaba de ella. La impresión que experimentaba ahora era la de un hombre que, pasando tranquilamente por un puente sobre un precipicio, observa de pronto que el puente está a punto de hundirse y el abismo se abre bajo sus pies. Ese abismo era la vida misma, y el puente la existencia artificial que le había llevado hasta entonces. Percibía por primera vez una espantosa posibilidad. La idea de que su mujer pudiera amar a otro le horrorizaba.

Allí, mientras miraba la mesa guarnecida de malaquita, en la que había una nota a medio escribir, sus pensamientos cambiaron de repente. Pensó en Anna y se preguntó qué podía ella sentir y pensar en su interior. Por primera vez, consideró que su mujer debía de tener una vida propia, con sus particulares sentimientos y sus íntimas necesidades, y esa idea le pareció tan horrorosa, que se apresuró a alejarla de sí.

Ley Tolstói

Anna Karénina, Cátedra

El despertar

Un loro de color verde y amarillo, colgado en una jaula fuera de la puerta, repetía una y otra vez:

Allez vous. Allez vous. Sapristi. That's all right. Podía hablar un poco de español y también un lenguaje que nadie entendía, a menos que fuera un pájaro burlón que silbaba su aflautada nota con la persistencia exasperante de la brisa. El señor Pontellier, incapaz de leer su periódico con el mínimo grado de confort, se levantó con expresión airada.

Caminó por la galería a uno y otro lado del estrecho puente que conectaba los apartamentos Lebrun. El loro era propiedad de Madame Lebrun y tenía el derecho de hacer todo el ruido que quisiera. El señor Pontellier tenía el privilegio de romper con aquella sociedad cuando dejara de ser entretenido.

Se detuvo ante la puerta de su propio apartamento, que era el cuarto del edificio principal. Se sentó en una mecedora de mimbre y una vez más se dedicó a la tarea de leer el periódico. Era domingo; el periódico tenía un retraso de un día. Los periódicos del domingo no habían llegado aún a Grand Isle. Conocía ya de antemano los informes de mercado, y miró nerviosamente los editoriales y esbozos de noticias que no había tenido tiempo de leer antes de salir de Nueva Orleans el día anterior. El señor Pontellier llevaba gafas. Tenía unos cuarenta años, de mediana estatura y más bien esbelto. Tenía el pelo castaño, separado a un lado. Su barba estaba cuidadosamente recortada.

De vez en cuando retiraba la mirada del periódico. Había más ruido que nunca en la casa. El principal edificio se llama la casa para distinguirlo del resto de apartamentos. Los pájaros parlanchines aún silbaban. Dos chicas jóvenes, las gemelas Farival, tocaban un dueto en el piano. Madame Lebrun estaba muy solicitada y salía dando órdenes en voz alta al chico del patio cuando llegaba a la casa, y al servicio de comedor cuando se iba. Era una mujer dulce, bonita, siempre vestida de blanco, llevaba faldas almidonas un poco arrugadas. Más abajo, ante uno de los apartamentos, una dama de negro se paseaba arriba y abajo con recato, rezando su rosario. Un buen número de inquilinos había caminado hasta Beaufort para oír misa. Algunos jóvenes jugaban al croquet. Dos hijos del señor Pontellier estaban allí-unos niños de cuatro y cinco años- y la enfermera los seguía con aire lejano, meditativo.

Kate Chopin

El despertar, Cátedra

Germinal

Con este motivo redobló su alegría, produciendo sus voces y sus ademanes un rechinar de polea mal engrasada que acabó por generar en un terrible acceso de tos. Ahora el cestón de fuego alumbraba de lleno su grande cabeza de escasos cabellos blancos y cara chata, de una lívida palidez y picada de manchas azuladas. Era bastante pequeño y tenía un cuello enorme, y era exageradamente zambo, pero con unos brazos muy largos y unas manos que le llegaban hasta las rodillas. Por lo demás, al igual que su caballo que permanecía inmóvil sobre sus patas, sin que al parecer le molestase el viento, también él parecía de piedra: no tenía aspecto de resentirse del frío ni de las borrascosas ráfagas que le silbaban metiéndosele en las orejas. Cuando tosió y volvió a toser, escupió al pie del cestón y dejó una mancha negra en el suelo. Etienne le miraba y contaba los escupitajos.

- ¿Hace ya tiempo-preguntó- que trabaja en la mina?

Bonnemort abrió los brazos de par en par.

- Mucho tiempo, ya lo creo. Cuente que no tenía ocho años cuando bajé por primera vez en el Voreux precisamente, y tengo ya cincuenta y ocho. Y siga usted contando. Ahí dentro hice de todo, empezando como niño minero, y cuando ya tuve fuerzas para empujar, haciendo de empuja vagonetas, y más adelante de minero especializado en el rebajamiento de capas, y durante dieciocho años.

Después, a causa de mis malditas piernas, me pusieron a terraplenar, hasta que no tuvieron más remedio que sacarme del fondo porque el médico dijo que acabaría quedándome allí. Entonces, de eso hace cinco años, me hicieron acarreador... ¿Qué le parece? Pintoresco, ¿no?, ¡cincuenta años de mina, con cuarenta y cinco allá abajo!

Émile Zola
Germinal, Alianza